



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El maestro Arciniegas, emancipador cultural del Continente

Autor: Morales Benítez, Otto

Forma sugerida de citar: Morales, O. (1990). El maestro Arciniegas, emancipador cultural del Continente. *Cuadernos Americanos*, 3(21), 167-185.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IV, núm. 21, (mayo-junio de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL MAESTRO ARCINIEGAS EMANCIPADOR CULTURAL DEL CONTINENTE*

Por *Otto* MORALES BENÍTEZ
ESCRITOR COLOMBIANO

EN ESTE HOMENAJE el país celebra la vida de un gran hombre que reparte enseñanzas que está atado al pueblo, a la libertad y a la democracia. De un ser que ha sido guía en las transformaciones del acontecer colombiano en el siglo xx. No es un varón lejano y misterioso, sino un radical que examina el discurrir del pasado y señala conductas para el porvenir.

Para congratularlo, se han congregado, esta noche, los más disímiles representantes de la nación. Porque sienten que él los ha adoctrinado para amarla con comprensión, para sentirla en la fuerza de su autenticidad para estimularles la atmósfera de creación: en la historia, en el arte, en la literatura, en los afanes cotidianos para armar su pasión civil y republicana. Es un profesor de esperanzas.

Es casi imposible decir qué se celebra, porque son tan abundantes los méritos y los dones del Maestro Germán Arciniegas que es difícil enumerarlos sin olvidar destellos de su gracia humana e intelectual, en la primacía de otros más inquisidores. Cada uno levantará su inventario con la seguridad de que será el más comprensivo de la extendida dimensión de la actividad del gran escritor que a todos nos unifica en la adhesión y cálida admiración. La riqueza de sus acciones, cumplida con igual entusiasmo en el transcurso de su existir, contagia y dictamina. El no está para especulaciones frías; ni razonamientos parcos; ni para eludir afirmaciones por complacencia o cobardía; ni deja, a un lado, lo actual para escudarse en que su obra tiene unos compromisos con el pasado. Este lo replan-

*Texto leído el 28 de febrero de 1990 en el Homenaje Nacional.

tea cada día. En cada nuevo amanecer, igualmente comparte el devenir nacional con la conciencia individual que sabe que cada uno tiene una parcela de deber. Y que él no la abandona apelando a ninguno de los trucos de cobardona sagacidad con que algunos intelectuales proclaman su ausencia de lo inmediato, cuando los riesgos son azarosos. El está, en cambio, en el torbellino, con el espíritu juvenil que le conoce la república.

Siempre luchas juveniles

COMIENZA su jornada desde muy temprano. Las aulas universitarias lo ven en continua agitación. Es hombre que sacude la inercia intelectual; que impone nuevos deberes a sus compañeros de ruta. Permanentemente tiene una desconocida propuesta para presentar porque eran muchos los prejuicios que pesaban sobre el medio colombiano: de tipo religioso, de carácter político, de limitaciones por el sexo, de controles para que la inteligencia no se expresara con plena libertad. Había, como es elemental, que desterrarlos. No podían prevalecer sobre la demanda de la cátedra libre; la facultad omnímoda para investigar; la necesidad de la plena circulación de las ideas. Entonces, es cuando él se convierte en un permanente agitador estudiantil. Detrás de los confetis y las serpentinas de los carnavales, las ideas básicas de independencia del pensamiento dictaminaban. Es el primero en recibir las noticias de la revolución universitaria de Córdoba, en 1918; y se vuelve predicador de la urgencia de un maestro de juventudes en el continente, que aglutinara el ímpetu de sus rebeldías.

En cada asamblea de estudiantes, aupa oradores; estimula a los revolucionarios; aglutina las voces de protesta. Va ayudando a conformar el pensamiento y el estilo de la generación de "Los Nuevos", la cual hizo en Colombia el desmonte del siglo XIX, con la dirección de algunos miembros de la del "Centenario". Nació, entonces, un estilo político dinámicamente creador; una cultura nacional en concordancia con lo más incitante de lo universal: por primera vez se comprendieron las estridencias de los "ismos" y las voces de la reivindicación mundial proletaria fueron parte de la artillería intelectual de su tiempo. Arciniegas estaba en el centro de la agitación. El era parte substancial de ella. Sin su presencia seguramente no se hubiera escuchado.

Pelea por la democracia y el pensamiento liberal

NO era poco lo que estaba sucediendo con su generación. Esta, en el continente, estaba transformando. Le daba un nuevo aire a la actividad intelectual: querían estar en quicio con su medio y no estar desasidos de sus pueblos. Investiga qué venía del pasado, cuáles valores ancestrales gobernaban el discurrir de los seres. Arciniegas, desde el comienzo, compromete su lucha por la democracia y el liberalismo. De allí no desertará. Todo va quedando evidente en su primera publicación, la revista *Universidad*, y en sus Ediciones Colombia, uno de los iniciales intentos por tener seriedad en el medio editorial. De suerte que iba abriendo surcos; impulsando vocaciones. Siempre con espíritu generoso, con su cordial y sonreída postura. El estaba hecho para aglutinar, sin proponérselo, sin presumir de líder, sin alardear.

Cuando don Salvador Camacho Roldán instaló la primera cátedra de sociología en Colombia, la regentó hasta 1986, cuando la clausuraron porque incitaba al conocimiento crítico del país. No convenía a quienes disfrutaban de privilegios. Sólo fue rescatada por Arciniegas cuando arribó con las nuevas teorías científicas a identificar nuestra naturaleza social. Allí fue acumulando materiales; recogiendo información; avanzando hacia el origen histórico; examinando lo actual, sin desconocer que entenderlo requería conocer el pasado. Así estaba, otra vez, explorando el impulso genitor de nuestra manera de ser. Y aceptó ese mandato.

El estudiante de la mesa redonda

DURANTE muchos años —lo cuenta él mismo— estuvo ofreciendo a sus compañeros el tema de su primer libro. El tenía en evidencia cuál era la trama, su desarrollo, la importancia de proclamar la rebeldía, la urgencia de darle un aire de juventud a la manera de contar el pasado, la obligación de despertar las potencias vigorosas del pueblo, la identificación de lo que somos como continente. Nadie le aceptó. Finalmente Arciniegas, en 1932, publica *El estudiante de la mesa redonda*. Su apelativo se consagra de inmediato. El no confiaba en su aventura de escritor. Cuando irrumpió venía con completa formación para ser uno de los más brillantes del continente. El humanista Eduardo Santos le escribe varias veces: que él es uno de los cuatro más importantes del país.

Ya no volvió a tener descanso. Se vinculó a los periódicos. Escribía en una agencia de diarios que repartía sus cuartillas en los de habla española. Resplandeció continentalmente. Se le juzgó como el único izquierdista que quedaba lúcido en Colombia. Le ha tocado asistir a un universo en sacudida, sin un minuto de reposo. El lo ha dicho con mucha gracia: que es la única persona que puede contar todo lo que ha sucedido en el siglo veinte, sin escapársele detalle de las conmociones guerreras; de las batallas intelectuales; de las controversias políticas; de los estallidos del nuevo orden en la literatura, en el arte, en el cine, en el psicoanálisis; en la radical transformación de la mujer. Es el mejor testificante de su tiempo. Ha librado, permanentemente, beligerancias por la libertad y la democracia. Las ha defendido en el país; ha denunciado sus estropecios en los demás; se ha empeñado en que no prevalezca oprimiendo ninguna fuerza reaccionaria. Por ello ha sido fraternal con los perseguidos del mundo; con los exiliados por sus ideas; con los torturados por sus principios. Ha organizado conferencias, manifestos, cartas con múltiples firmas, coloquios para protestar contra toda forma de querer imponer sometimiento a la inteligencia. Se le ha visto polémico y decidido en la defensa del liberalismo en Colombia y de su irradiación gemela en el universo. No ha estado propicio ni al silencio; ni a la elusión crítica; ni a evitar el reproche. Ha sido un batallador que enorgullece a quienes hemos compartido siquiera parte de sus recios empeños. Es un intelectual que no anda para doblegar su voz, ni su ademán ante los poderosos. Es ejemplar su conducta de hombre libre, que desea que cada uno tenga su parcela de libertad.

Variedad de libros

Es bien complicado enumerar la variedad de libros de Arciniegas. Muchos lo identifican como historiador y hacen bien su clasificación. Sus obras de viajero, para citar algunas: *En el país de los rascacielos y las zanahorias*, *Italia, guía para vagabundos*, *Entre el Mar Rojo y el Mar Muerto*, llenos de eruditas referencias, de sutiles interpretaciones, ¿cómo se pueden releger? O su novela *En mitad del camino de la vida* que va, otra vez, revelando parte de la atmósfera de nuestra era. Al contar va denunciando lo que queda como angustia, para algunos seres, de la Segunda Guerra Mundial. Es un espectador atado al drama, por muchas denuncias que haga de su imparcialidad. A sus lectores les gusta que así se comporte.

Como cronista, en *Memorias de un congresista*, avanza risueñamente mostrando cómo opera el parlamento, sus tropiezos internos, su importancia capital en la democracia. De esas páginas salen algunos personajes que típicamente denuncian el carácter de nuestras regiones y sus debilidades características, con sus atuendos que los ubican en el orbe sartorial. En *Los pinos nuevos* reúne una serie de glosas de los diarios en los cuales asoma su rica información; sus desvelos por aspectos de la historia; su fresca emoción ante la existencia; su sensibilidad agitada por el paso de los sucesos de la creación mental. Es un verdadero espectáculo la síntesis que logra en su prosa rica en jugos y en avizoramientos.

Entre la libertad y el miedo

ARCINIEGAS siempre ha estado atado a grandes empresas para defender la democracia en nuestro país y en el continente. Cuando aquí se oscureció aquélla, en las dictaduras de estado de sitio, tuvo que abandonar su territorio y, por fortuna, fue aclamado y acogido, con honores, en varias universidades americanas y europeas. Mientras tanto su obra de creador avanzaba hacia nuevas aventuras. Y cuando sobre la mayoría de nuestros países se instaló lo que se llamó la "internacional de las espadas", el Maestro tomó, como acto de lealtad con el devenir de ellos, contar cómo se mancillaban los principios humanos. Cómo la dureza policial se utilizaba para acallar las manifestaciones políticas; las palabras de insurgencia social; los postulados en donde la palabra libertad congregaba a las multitudes. Hizo una descripción de cuánto padecía la mayoría de las naciones. Recordó esos aberrantes regímenes que se amparaban en el subterfugio de la lucha anticomunista, cuando, realmente, lo que quedaba comprobado era su vieja adhesión a los postulados retardatarios. La denuncia en su libro, *Entre la libertad y el miedo*, puso en certidumbre que el discurrir de estos pueblos no podía dejarse al dominio de la arbitrariedad. Y aquélla facilitó que se formara conciencia, en los Estados Unidos y Europa, de cómo se operaba contra el destino democrático. Los dictadores y sus áulicos, pretendían demostrar que por aquí no era posible que subsistiera el aliento de la libertad. Arciniegas va desmontando pieza por pieza lo que, soterradamente, han ido armando esos gobiernos. Y va destacando cómo hay otra América, la invisible,

que ama la democracia, se compromete por ella; la siente como la única envoltura de su pensamiento y la mantiene, sostenida, entre los pliegues de la voluntad popular. El descubrió, una vez más, su vocación por amparar a todos los desvalidos de nuestra geografía política.

Bolívar y la revolución

ARCINIEGAS siempre ha sido un agitador. No hay reposo en su propósito de esclarecimiento en los aspectos históricos. A veces contradice las más enraizadas proposiciones en la vida cultural de nuestros pueblos. El presenta una imagen tan amplia y novedosa que encandila al lector, quien, en ocasiones, por más perspicaz y severo que sea en las distinciones que realiza, no logra penetrar en la profundidad de los enunciados del maestro. En los últimos años, especialmente después de publicar su libro *Bolívar y la revolución*, se ha levantado una verdadera polvareda mental que ofusca y obnubila la posibilidad de juzgar con justicia. La "boli-idolatría" se alborotó con los más punzantes adjetivos. Las afirmaciones centrales del texto no han sido examinadas.

Bolívar comienza a actuar cuando se han presentado fenómenos muy singulares en la vida cultural y política. Arciniegas recuerda que se vivía bajo el signo de un nuevo sistema planetario; se había repudiado el poder absoluto de los reyes; a los pueblos se les reconocía el derecho de participar en el gobierno, y los parlamentos tomaron funciones que antes eran inconcebibles. Básicamente, América dejaba de estar subyugada y principiaba a usar un lenguaje "inesperado y contradictorio, tal vez inoportuno y molesto en la historia universal". En nuestro continente se afirmaba la república y el destino era cabal, irremediamente democrático. En cambio, en Europa subsistían las monarquías cuestionadas y maltratadas: "los pueblos de estos países (América) instalaban repúblicas que han subsistido casi dos siglos, a tiempo que las de París no duraban cinco años".

Arciniegas comienza por hacer un alto encomio a la actividad del Libertador: ". . . Bolívar es eso: caudillo sin par de la guerra de Independencia, su nombre constituye el gran símbolo de nuestra historia. No así en su voluble oratoria que llevó a errores tan contrarios a su misma obra, como la introducción de una filosofía monárquica en la Constitución para Bolivia o la idea de hacer de la Gran Colombia un protectorado inglés". Y más adelante agre-

ga: "Nuestra rebeldía no fue sólo por alternar en el gobierno o por llegar a la presidencia, sino por oponer el pensamiento republicano a la monarquía". Y recalca: "Porque Independencia sin llegar a república, es bochínche. República sin independencia, utopía. Aquí se hizo al mismo tiempo república e independencia. Dos figuras se salen de lo corriente y permiten llegar a este resultado que también sobrepasa los modelos europeos: Bolívar y Santander. Decenas de veces lo precisó Bolívar en un constante reconocimiento, desde 1821 hasta 1826, destacando el valor de la república organizada por Santander, como fundamento para la acción de los ejércitos. Rodó con increíble suerte el Libertador teniendo como compañero de su empresa al más afirmativo entre los hombres civiles de la América española, y resulta cuando menos extraño el esfuerzo de algunos intérpretes de la vida colombiana haciendo malabares de dialéctica para romper esa unidad, la más notable y fecunda en la formación de nuestra nacionalidad".

De suerte que se halla Arciniegas vibrante de admiración frente a la acción de Bolívar. No comparte con el mismo entusiasmo cuando éste proclama la dictadura; o propone entregar Panamá y Nicaragua a Gran Bretaña y volver a Colombia protectorado inglés. Son dos planteamientos en los cuales porfía el maestro planteando reflexiones permanentemente válidas. A pesar de la grandeza del Libertador, no se pueden aprobar ni sus ideas, ni el ejercicio autoritario del gobierno. Ninguno de estos dos ejemplos era bueno para países que andaban buscando su derrotero político. Y si se admiten, alegando la grandeza innegable del personaje, en el futuro los demócratas no podríamos beligerar contra las satrapías que, periódicamente, avanzan sobre los pueblos indoamericanos. En los principios no pueden existir excepciones complacientes.

Sobre estas dos posturas Bolívar no tuvo oculto su pensamiento. Al contrario, lo explicitaba abiertamente. A don Estanislao Vergara le dice: "solamente debe pensarse en un gobierno vitalicio, como el de Bolivia, con un Senado hereditario como el que propuse en Guayana". A Revenga, Ministro de Relaciones: "hágase usted un esfuerzo por acordarse conmigo en este negocio y persuadir al vicepresidente de que nada importa tanto a nuestra existencia como el ligarse de cuerpo y alma con los ingleses. . .". A Maxwell Hyslop, cuando vive en Jamaica, le escribe: "La Costa Firme se salvaría con seis u ocho mil fusiles, las municiones correspondientes y quinientos mil duros para pagar los primeros meses de la campaña; con estos socorros se pone a cubierto el resto de la América

del Sur y al mismo tiempo se pueden entregar al Imperio Británico las provincias de Panamá y Nicaragua, para que forme de esos países el centro del comercio del universo por medio de la apertura de canales que, rompiendo los diques de uno y otro mar, acerquen las distancias más remotas y hagan permanente el imperio de la Inglaterra sobre el comercio". Su preocupación fue permanente; no la varió con el tiempo. En el año 30 escribía a un amigo de Cartagena: "Con todo fervor pido al cielo que preserve a Colombia de la guerra civil con que se ha tizado la historia de los Estados Unidos de la América del Sur. Si para evitar ésta el Congreso creyese indispensable, y el pueblo deseara establecer una monarquía, no me rebelaré contra sus deseos; pero tenga usted bien presente lo que le digo: la corona jamás ceñirá la frente de Bolívar. Era lo de siempre: el sistema sí, pero yo no".

Cuando se avanzaba en el preparativo del Congreso de Panamá, persistía en sus propuestas. Y no era una integración del continente lo que movía esa cita. A Santander le manifiesta: "No nos conviene admitir en la Liga el Río de la Plata; no admitir a los Estados Unidos, y no libertar a La Habana". Esta última observación la formulaba porque era una propuesta de Santander tanto sobre ésta como en torno de Puerto Rico, en mensaje al Congreso en 1823 y en otros escritos. No se ve, entonces, cómo era la integración. Se obstina ante Revenga: "La alianza de la Gran Bretaña nos dará una grande importancia y respetabilidad. A su sombra creceremos. . ." El general Sucre le manifiesta con mucha precisión: ". . . Creo que usted cuenta más que demasiado con los ingleses; éstos serán como los demás, amigos de tomar su parte, y lo único que harán por su poder será tomar la mejor parte". Al enviado Hurtado, quien actuaba ante Inglaterra, se le ordenó que hiciera la propuesta. El teme afrontar la materia. Al fin lo intenta. Le comunica los resultados a Santander y éste le avisa del fracaso a Bolívar: "Ya Hurtado ha hecho indicaciones a Mr. Canning sobre la alianza y la protectoría. El ministro teme que las demás naciones miren muy mal esta Liga, y particularmente Estados Unidos del Norte. El declaró que la Inglaterra no aspiraba sino a mantener con los Estados americanos las relaciones que ha establecido, a menos que algunos otros sucesos imprevistos la obliguen a otra cosa. . ." Arciniegas afirma en su libro: "Pero en el fondo el mayor desencanto, el que no se atrevía ni a confesarlo a sí mismo, era el de Inglaterra. Para atraerla le había ofrecido todo —Panamá y Nicaragua como colonias, la Gran Colombia como protectorado— y lo único que había

dicho en Panamá su delegado —el de Inglaterra— era que Colombia debía comprar a España su reconocimiento. ¡Después de haberle ganado la guerra. . .!”

Estos dos puntos son los que le permiten al maestro Arciniegas destacar una serie de dudas sobre el sentido político de las orientaciones de Bolívar. Registra esas concepciones y no las acepta como recomendables para ser patrocinadas. Al contrario, merecen censura porque los propósitos políticos de este continente se centran en la república y en la democracia. Esta postura no lo lleva al panfleto o a falta de exaltación de la genialidad del Libertador. El escribe: “Tres grandes contemporáneos tuvo ese siglo de luces y sombras: Washington, Napoleón y Bolívar”. A los integrantes de la “boli-idolatría” no los sacia nadie, a excepción del vasallaje a la gloria del Libertador, ocultando cualquier enjuiciamiento a sus desvíos antidemocráticos. Ese es el gran debate que han pretendido, sin fortuna, plantearle al maestro Arciniegas.

Su concepción de la historia

SIN ninguna duda, el gran alud de su obra se va inclinando hacia la historia. Arciniegas le da un nuevo contenido y dimensión —no en Colombia, sino en el continente— en un tiempo en el cual la dureza de su exposición era el signo de estos estudios. Los personajes abandonan la severidad para entrar a jugar con los amplios recursos del vivir, de la política, de la leyenda. Se van contagiando de la alegría mental que irradia el autor, y alternan figuras muy destacadas con multitudes o elementos que fluidamente atraviesan la corteza natural. No están ceñidos a reglas severas preestablecidas. Estas son abiertas como es el existir. El hombre se halla ante escollos, júbilos, amores y desproporciones humanas. Brinca la existencia con sus voces de realidad insoslayable. El predica su sistema que contradice a quienes redactan con la lógica machacona de la verdad preestablecida: la historia va contra el sentido común. Y explica su principio: se requiere para que brille un héroe, que éste y la magia “cojan las cosas al revés”. Es decir, que se empeñen en un propósito que es sólo sueño, delirio, irrealizable proyecto. Y avanza en su tesis: “de los mozos, de las mujeres, de los campesinos, sacamos el catálogo de los héroes”. De la trivial gente, de quienes no tienen título, ni vienen descendiendo de las arbitrarias castas de nuestro continente. En su libro *En este pueblo de Améri-*

ca enfatiza: "la plebe, la burguesía, los que son mayoría en la nación, deben tener también su historia. Una historia pobre, vulgar, como es la de todos nosotros, pero del fondo del cual surgen las direcciones esenciales de la vida en sociedad". Agrega que entre nosotros se "ha escrito la historia política, pero no su historia natural". Propone una tesis más radical: se debe escribir aquélla, "la historia de América vista desde abajo". Por eso puso a circular en el lenguaje crítico-histórico el criterio del "común" como la parte orgánica y recia de lo que es la representación más creadora del pasado. Este, lo colectivo, como parte integrante, hacedor y soñador de la grandeza de sus naciones. Como actor, inspirador y realizador. Se abandonaba la teoría de ser un minusválido en el acontecer social; un grupo que reclama dirección y no tiene iniciativa. Arciniegas mutó esos resabios de una historia aristocrática. El Maestro cubano Fernando Ortiz declaraba que en las obras de Arciniegas, por la presencia multitudinaria de actores, se vivía como en un aquelarre. Cualquiera de los libros de Arciniegas, aun cuando su anuncio se refiera a un personaje, está lleno de masas. Por entre sus páginas corren las figuras normales y, a veces, sin relieve; las del público, que le dan el marco a la actividad de quien la estudia. La vocación popular es fuerte en su demanda de vislumbre. Es lo que le da el acento y la bizarría a su obra.

Sus aportes

Su gran colaboración es haber vigorizado la tradición del ensayo en nuestro continente. En él escribieron desde los conquistadores hasta los grandes maestros de la prosa en cada una de nuestras repúblicas. Es su apoyo a esclarecer más nuestro ambiente intelectual. El ensayo penetra, valora, exalta, critica y da pautas para entender el pasado, el presente y lo que editan escritores, músicos, poetas o pintores. A través de él nos vamos acercando a todo lo que sonámbulamente camina en las obras de creación. Ese género permite manifestarse en la más dura prosa o en la más poética y con calidades estimulantes para el lector. El ensayo da margen para las más disímiles comprensiones y tolera que se avance hacia el clima ardiente de la inteligencia y hacer síntesis sobre lo que un autor no pudo decir con sencillez y limpieza estéticas. Arciniegas es un maestro en este tipo de escritura. La dosifica con belleza literaria. Lo rico de su lenguaje, la abundancia de sinónimos para apriornar una idea, la primacía de los adjetivos para calificar, los

sustantivos para señalar la dimensión de la materia científica que enriquece sus reflexiones, proporcionan la seguridad de estar ante un magnífico escritor, con recursos inesperados. El mismo dijo que "la buena historia tiene siempre gusto de novela". Y así la concibe: avanzando sobre lo circunstancial, destacando el testimonio de lo inesperado; profundizando sobre lo fundamental; consultando los documentos, pero sin que lo apabulle la sequedad de la prosa oficial. El es un recreador. Porque, igualmente, como trabaja materiales que se relacionan con el continente, ha aceptado que la magia es parte de nuestra historia. Ella te ayuda a darle inimaginables recursos; impulsa a los héroes; compromete a las multitudes en aventuras; despierta una onda dormida de misterio que hay en lo que él ha llamado "nuestro-americano". El maestro Alfonso Reyes le escribía en 1956: "¿Cómo se las arregla usted para ser tan inteligente, tan bueno y tan afectuoso? ¡Y qué manera de escribir cada vez más ágil y directa! Y es que escribe usted con todo su temperamento y ha alcanzado el don de la expresión cabal. Ventajas de la precocidad, porque el arte es largo y la vida breve".

Arciniegas propone una gran revolución en nuestros estudios históricos. Cuando publica su segundo volumen de *América mágica: las mujeres y las horas* lo proclama sin ninguna reticencia: "por lo general sólo se escribe la historia de los hombres, y entre la de los hombres, la de los generales, los presidentes, los gobernadores. Pero podría hacerse la historia al revés, y escribir la de los hombres humildes, la de los ríos, la de las casas viejas, la biografía de la plaza de la capital, la de las mujeres". Y arremete con vigor: "no hacer más la historia de los figurones".

Su visión del mundo

Esa permanente inclinación a exaltar lo nuestro —lo de la patria y del continente— no le ha imposibilitado estar abierto a las corrientes humanistas y a los aconteceres mundiales. Si se repasan sus libros nos hallamos con una abundancia de referencias a lo universal. No consiste que lo nuestro tenga un marco provinciano. El lo toma y lo une a lo más significativo de la humanidad: en acciones en vida social, en el intrincado vórtice de la política, de la ciencia o de la moda. Todo le sirve para darle marco a sus reflexiones. No es un escritor limitado por su contorno; lo sobrepasa, lo va llevando hacia nuevas y desconocidas corrientes lo compromete con peripecias que muchos nos han observado. Ese es otro gran aporte de

Arciniegas a nuestros aconteceres, al entrelazar éstos con las manifestaciones más vivas y audaces del pensamiento universal. Este criterio no se ha remarcado suficientemente. Es bueno que lo celebremos y lo proclamemos esta noche.

Arciniegas ha notificado que él explora elementos que se relacionan con el pasado continental. Y puntualiza cómo el contacto con su ambiente transforma. Da un carácter diferente. Esto sucede con quienes aquí arriban o los que pretenden, desde ultramar, interpretar nuestra circunstancia. Para eso se demanda una voluntad de comprensión muy alerta y vivaz. Muchos no la tienen ni lo gran formarla. Está en la defensa de lo nuestro. Pero se siente el murmullo universal que agita sus capítulos.

El ciclo de los Vespucci

El maestro ha tenido que contradecir a muchos antiguos relatores de nuestro existir. Ha introducido rectificaciones. Cuando avanza situando la trascendencia de nuestro devenir se halló con don Américo Vespucci. Sobre él recaían los más agudos, duros y crueles calificativos. Venían desde que por primera vez los levantó contra él don Bartolomé de Las Casas. Comenzó el estudio de sus actividades que le demandó más de ocho años de investigación permanente en Florencia. Se enfrentó a un propósito lleno de riesgos estimulantes: "La ambición de mi plan era, o es, desmesurada. Tomar el hilo de una familia a lo largo de tres siglos y por ahí ver la vida de Florencia llegando al 1500. Lo que encontré ha enriquecido treinta años de mi vida. He estado con los mercaderes de Florencia en Brujas, he sabido de los viajes de Benedetto Dei en África, he conocido de los caballeros de Jerusalén de Rodas y de la vida de Hungría bajo el reinado del rey Corvino, conozco intimidades de los frailes en el molino de Ognianti en Floreni y mil secretos de la vida de Botticelli y Simonetta. . . Los Vespucci anduvieron metidos en todo: en los negocios, en la academia, en la política, en el arte, en los bailes, en las justas, en los enredos. . . en el descubrimiento de América".

Contó para su labor con la amistad de los profesores Marcello del Piezzo, director del Archivo de aquella ciudad embrujadora, y la de Dino Bigongiario, Piero Bargellini y con la colaboración de otro erudito: Prezzolini. No podía entenderse el "encuentro de dos mundos", si se borraba a Américo, quien le dio el nombre a nues-

tro continente. El notificó que Cuba no era China, como lo pensó Cristóbal Colón. Es decir, él sí descubrió que éramos otro continente: el Nuevo Mundo. Esto se le debe a Amérigo. Arciniegas no se confió con destacar esta verdad, sino que se detuvo en la figura del caminador de tierras y de mares y publicó su *Amérigo y el Nuevo Mundo*. De esa investigación nació otra como es la de su precioso libro *El Mundo de la Bella Simonetta*. De su lectura salimos conurbados de amor y poesía. No podemos evitar repetir cómo la describe Arciniegas: "No gira en torno suyo toda la floresta, sino el viento, el aire donde vuelan, como sus peces, las hojas. Y las rosas desprendidas de una balada. Para ella soplan los vientos encantados que deben alzar con sus manos sus cabellos".

No termina su aventura. Hoy ha principiado a circular su nuevo volumen *El embajador (vida de Guido Antonio, tío de Amérigo Vespucci)*. Se relaciona con Florencia, con Roma en tiempos de Colón, Vespucci, el Papa Sixto, Maquiavelo y Savonarola. Ya podrá imaginarse el lector la abundancia y riqueza de ambientes y escenas paradójicas en los cuales irán delineándose los hechos: en el encanto y misterio, de opulencias insospechadas, de las dos ciudades ancestralmente prestigiosas en sus caminos de asombro. De lo que se une con América, con la Iglesia en medio de las belicosidades de su tiempo, de las sabias y matreras picardías de Maquiavelo, de las prédicas encendidas en la Pasión de la fe de Savonarola. Es como un gran cuadro de rojos violentos siguiendo la tradición de Ghirlandais.

Arciniegas nos cuenta que la zaga serían trece libros. En su biblioteca hemos contemplado, con asombro, los papeles antiguos que integran esa investigación y los textos del Maestro para que vayan editándose en el futuro.

De esa riqueza de notas debe descender, consideramos nosotros, el otro volumen, el que se refiere a Maquiavelo, a quien enjuicia por la ausencia de perspicacia al no haberse dado cuenta de la aparición de América. No tuvo visión política, sentencia Arciniegas. Cuando Maquiavelo organizaba los materiales de *El príncipe* las naves de Castilla habían cruzado el Atlántico, nos informa el historiador: "Esto ya lo veía toda Europa en vida de florentino. Cuando escribe *El príncipe* las banderas castellanas se han clavado en las islas mayores del Caribe, hay una gobernación en Santo Domingo, se ha iniciado la conquista de Cuba, han pasado a establecerse en América los primeros diez mil españoles, Balboa se en-

camina a descubrir el Océano Pacífico que Vespucci tiene dibujado en un mapa estampado en 1507, las naves portuguesas han extendido, explorado, descubierto, con Vespucci, todo el litoral del Brasil, Uruguay y la Argentina hasta la Patagonia. . . ¿En qué queda el fugaz estado del duque Valentino César Borgia? Detenerse contemplando a Imola es una nostalgia en Maquiavelo tan honda que no le permite ver el mundo que nace”.

No es lógico que no se apreciara tan singular acontecimiento, pues en Florencia circulaban las noticias que traían las cartas de Amérgo Vespucci. El hermano de éste era el Notario ante el cual testaba Maquiavelo. Su alcance no podía ser disminuido por un hombre como éste, pues según los equívocos de la época, se había encontrado una nueva senda para traer la canela, la pimienta y las perlas. El que la dominara, acabaría por imponer su imperio. Así de simple era. No es justificable su silencio. Arciniegas interroga: “¿Cómo pudo ocurrir esto en el libro del primer filósofo político de los tiempos modernos?” Y la respuesta salta clarificando: “Es la nueva historia que comienza a caminar. Lo de Maquiavelo es como lo de muchos europeos, no les interesa sino lo que ocurre en su propio solar”.

Estamos ante nuevos libros que principian a circular y, otros, que el escritor va ajustando con las hondas y serias investigaciones realizadas durante muchos años.

El maestro Arciniegas, como nos damos cuenta, escoge sus contrincantes. Anda en combate con eminentes valores de la cultura, que no tienen inclinación ni para entender a América ni para penetrar en su esencia. Hegel, por ejemplo, ha sido uno de los hombres que le han preocupado porque “lo notable es verificar en el filósofo alemán una ignorancia extensísima sobre el hecho americano. . .”. Recuerda que aquél afirmó: “América ha demostrado siempre en ella misma ser impotente física y psíquicamente, y así ha permanecido hasta hoy”. Estas afirmaciones despiertan la voluntad de Arciniegas para contradecir, para destacar por qué no entienden nuestro medio, por qué no están en condiciones de penetrar en su contenido y su proyección. Es otro europeo que no mira sino a su propio patio.

Sus dones

LA principal característica de la escritura de Arciniegas, es que revela una inteligencia siempre abierta para comunicar con alegría,

sin durezas. Su estilo se va orientando hacia proyectar claridad. Su maestría literaria le permite apelar a la gracia, al sentido del ridículo si lo acreditan los hechos a los actos de las personas; a la minuciosidad si el acontecimiento permite extenderse en poéticas reflexiones. Estas condiciones no le quitan rigor al estudio, no contradicen su densidad, ni impiden su penetración hacia el documento básico. Es una manera admirable de poder proyectar, con sabio equilibrio espiritual, su mensaje. No cree que la abstracción pedante convenga a la divulgación del pensamiento americano y universal que él utiliza. Sus libros invariablemente se destacarán por la gracia humana que asiste a su prosa. Por el humor con el cual, dosificadamente, va entretejiendo sus reflexiones, para evitar que el lector se pierda entre afirmaciones vanidosas y consideraciones que no son pertinentes. Otra de las cualidades de su prosa es la fresca, la modernidad de sus textos y del idioma en que los vierte. Es, permanentemente, sin declinaciones, uno de los más asiduos y vibrantes escritores en idioma terso y con sentido de la actualidad. Quizás su diaria cercanía al periodismo, la urgencia de ponerse en contacto con el lector dos veces a la semana, le ha permitido ser un renovador en las cláusulas de la obra histórica. Porque ésta no se sumerge en petrificadas reflexiones, sino que emerge, limpia y dinámica, atando al lector a su cogitación. Arciniegas enseña a muchos a pronunciarse con cercanía a lo moderno en el estilo, en la concepción literaria, en la vecindad de lo contemporáneo. Su carácter literario advierte su sólida irradiación sobre fuentes de noble estirpe intelectual.

Nos libra del complejo de Europa

El mayor esfuerzo de Arciniegas ha consistido en librarnos a los indoamericanos del complejo de Europa. Nos educaron bajo el signo de que lo único trascendental era lo europeo, el brillo de lo de ultramar ofuscaba las inteligencias de este lado del universo. Nos adoctrinaron en despreciar lo nuestro. En relegarlo por insignificante. El maestro desde su libro *América, tierra firme* denunció que no nos habían descubierto, sino al contrario encubierto nuestras culturas, el pasado que nos singularizaba, el transcurso profundo de la vida ancestral. El escribe con sagacidad: "¿Qué vinieron a hacer por estas tierras los capitalistas, los empresarios, los encomenderos, los gobernadores, los virreyes? Vinieron para imponer un sistema económico, un dogma religioso, un tipo de arquitectura, una ra-

za que eran otra cosa distinta de la economía, la religión, la arquitectura, la raza americana”.

La forma como se han juzgado e interpretado nuestras vidas se ajusta al diámetro que alcanza la cultura eurocentrista. Esto ha desviado la perspectiva de nuestro acontecer. Hemos asistido impotentes y maniatados intelectualmente al desdén universal por lo que somos y representamos. Los prejuicios mentales han hecho tanto daño como las avanzadas conquistadoras. Arciniegas se ha propuesto desamarrar las velas para que naveguemos por nuestra cuenta. El ha proclamado lo que nuestra propia fuerza ha logrado irradiar sobre Europa. Sus dos libros cardinales —*América en Europa* y *El revés de la Historia*— nos permiten confrontar cuántos rumbos desconocidos propició Indoamérica en el viejo continente: revolucionó las ciencias; modificó criterios religiosos que impedían la comprensión de los fenómenos científicos; contribuyó a fortalecer una economía, no sólo con el oro, sino con productos que substituyeron el sistema de alimentación; facilitó la creación de formas políticas e institucionales desconocidas en Europa. Son mutaciones esenciales. Esto nos permite tener un criterio sobre el universo, con características propias, sin ser subsidiarios de otras culturas. Nadie, y menos él, predica que se desconozca lo que es la interrelación espiritual. Que ella no sea para el sometimiento y la limitación de nuestras propias calidades. Que el universo ya tiene otro juicio, el indoamericano, sirviendo de soporte a una cultura. En su libro *El Continente de siete colores (Historia de la cultura en América Latina)*, el maestro Arciniegas nos libera, totalmente, declarando lo que somos y entrañamos: “Hoy en las letras, las artes, las ciencias. . . el aporte de este continente de siete colores alcanza un reconocimiento universal como algo propio y distinto que va definiéndose con rasgos particulares. . . Lo que aquí está naciendo es otra cultura, otra filosofía que por fuerza ha de ser distinta de la que en Europa se ha fijado por aglomeración de hechos propios de esa región del mundo”.

Después de leerlo no nos queda otra alternativa que declararlo emancipador intelectual del continente.

América es otra cosa

PARA completar esa tarea de liberación, el maestro Arciniegas ha venido puntualizando qué es el continente. Y después de darle vuel-

tas por los más extraños vericuetos; escrutarlo, cuidadosamente, por sus innumerables expresiones espirituales; de denunciar su activa presencia ante los varios fenómenos culturales, económicos y sociales y alinear cada una de sus actitudes ante los diversos sucesos históricos y filosóficos, puede declarar que "América es otra cosa". Nos señala que el continente —la totalidad, incluyendo a los Estados Unidos y Canadá— fue causa de los imperios español, portugués, inglés y francés, a los cuales, finalmente, se vencería con la independencia. Lo vital es que quienes para acá enderezaron sus pasos, se vinieron a fundar otra patria. No querían pertenecer a la de su origen. Fue gente del pueblo que allí no tenía ninguna ventaja. En este medio podían hallar muchas, inclusive su primacía. Fue como buscar la tierra para la libertad.

Y una observación fundamental: "América no se descubre: se encuentra". Las cartas de Colón creaban una "geografía de disparates". Mientras las suyas se publican dos veces, las de Américo Vespucci logran hasta sesenta ediciones. Y es bien singular el hecho de que los labradores escucharon las noticias de Colón, mientras muchos académicos seguían al margen de los hechos sustanciales del "Encuentro de Dos Mundos". En Salamanca los frailes eruditos habían demostrado la imposibilidad de atravesar el Atlántico. Por lo tanto, el viaje de Colón fue lo más "antiacadémico imaginable".

Los aportes de esa hazaña no se detienen. Otra de sus contribuciones es la publicación de la *Utopía* de Tomás Moro, que proyecta un gobierno comunitario socialista, sacado de un modelo indioamericano: el descubierto por Vespucci en los tupiguaraníes del Brasil. Lo mismo que se enuncia el principio creador del poder civil desalojando al eclesiástico. Y este arribo a nuestras costas propicia el que Copérnico edite el libro *Las revoluciones celestes*, que modifica los fundamentos de la Astronomía.

Básicamente este es un continente para la democracia, que así se expresaba cuando en Europa prevalecían los imperios: "Sólo aquí hay una tierra aparte donde se ha juntado la gente para hacer la casa abierta de la libertad".

¿Qué debemos celebrar en los 500 años?

LA certeza en lo que ha sido nuestro destino y las disparidades fundamentales con Europa, le ha permitido indicar qué es lo que de-

bemos celebrar al alcanzar 1992, cuando se cumplen los quinientos años del hallazgo de Colón con nuestras costas. Para nosotros, dice el maestro, los quinientos años son la irrupción de "fórmulas civiles de liberación, entendimiento y justicia". Porque, repite, "América es otra cosa". "Como otra cosa es el hombre americano. Somos un producto nuevo que desciende, ante todo, de europeos emigrados a partir de 1500. Porque somos algo diferente: del realismo mágico empezó a hablarse y escribirse en la escuela de Platón, tres siglos antes de Cristo".

"Los que se vinieron, lo remarca, lo hicieron para no volver. Y así nace el nuevo mundo. Esto es lo que vamos a celebrar: la liberación de los peregrinos. De los que siguieron emigrando en cinco siglos. La fiesta de nuestros padres fugitivos. La de la Europa emancipada, que es la de ustedes y la mía. La de la libertad entrevista por Platón".

Porque entre nosotros lo que se logró fue la independencia, la democracia, la república. Es decir, lo contrario de lo que acontecía en Europa. Rememora que cuando España levantó su persecución contra los judíos, en este lado, tuvieron albergue. Porque en nuestra ancha tierra nos curamos de fanatismos y ella se abrió para la convivencia. Corrimos a abrazar la bandera de la libertad, como era apenas natural, pues traían el sentido de la independencia. Se inventó un gobierno sin monarquía. En los Estados Unidos se consolidó una federación republicana que sostiene por más de doscientos años una constitución. Y para que no quede dudas de nuestra significación: Arciniegas cuenta cómo nos imitaron al producirse la Revolución Francesa. Basta con puntualizar que por estos contornos se concibieron primero los derechos del hombre que en Francia y que a esta nación viajaron a explicarlos Lafayette y Paine. En nuestro medio no desertamos de la república: en Europa vuelven, después de hacer la revolución, al imperio. En Indoamérica lo que tenemos obligación, al cumplir los quinientos años, es "rendir cuenta de la libertad lograda". Y "lo de 1992 es lo mismo. Para mirar hacia adelante. Hacia el sueño realizado de aquellos rudimentarios libertadores cuyos descendientes se llaman —los de las carabelas y los de Mayflower— y los de todos los otros continentes aquí venidos, porque son los mismos: Simón Bolívar, José Martí, Abraham Lincoln, Gervasio Artigas, Benito Juárez, Toussaint Louverture, Gabriela Mistral, Francisco de Paula Santander, Tomás Alva Edison, Santa Rosa de Lima, José Faustino Sarmiento, Benjamín Franklin,

Luther King, el Cura Hidalgo, la Manuela Beltrán, el negro primero, los locos bandeirantes brasileiros”.

Sus cercanías amorosas

ESTE homenaje, maestro Arciniegas, es un reconocimiento nacional, pues usted ha sido un combatiente por la libertad y por el destino de Colombia. Nos unimos al plebiscito internacional por haber sido proclamado, con sobradas y conocidas razones, “Hombre de las Américas”. Su obra a todos nos ilumina y compromete. La ha podido realizar al lado de Gabriela, su esposa, quien ha compartido su trajinar por entre infolios, personajes, multitudes y palabras. Sus hijas lo han acompañado para que estuviera seguro que existía la solidaridad amorosa. Y usted recoge las enseñanzas de su pueblo. Del suyo, que es el continente sin límites.